

SALVADOS POR TRES EXTRAÑOS

Era en el mes de diciembre del año 2000, un día muy de mañana, cuando amanecía, me dirigía con mi esposa y mi niño de la ciudad de San Pedro Sula (Honduras), hacia el país de El Salvador (Centroamérica). Íbamos en un auto marca Suzuki, modelo Metro. La carretera era la Interamericana y ambos lados observábamos un paisaje muy hermoso. En el lado izquierdo se levantaban unas pequeñas lomas forradas de árboles frondosos, algunos eran mangos y de vez en cuando veíamos algún animal como iguanas, loros, conejos y otros. Al lado derecho discurría apaciblemente el río Chamelecón, que atraviesa la ciudad de San Pedro Sula.

Era un viernes y nuestra intención era asistir a un seminario que yo iba a impartir a maestros de niños, por ser el director de educación de la Unión Centroamericana Occidental, en la ciudad de San Marcos, allí tenemos la sede central de la Asociación de la Iglesia. Todo discurría normal, íbamos escuchando unos himnos cristianos, era muy de mañana todavía, estaba obscuro mi esposa se había dormido y mas adelante no sé cómo ocurrió, pero se me quedó la mente en blanco por un instante muy breve, lo suficiente como para desviarnos de la carretera y salirnos en dirección al río.

Al salirnos de la carretera, mi esposa se despertó y al ver que el coche iba cayendo en dirección al río, se asustó mucho y gritó, pero yo no podía hacer nada para evitar el desastre. El automóvil sin saber por qué no chocó en ninguno de los árboles, ni arbustos, ni piedras que habían en abundancia en la ladera y fuimos a parar a un metro de distancia del río frenados por una hierba que crece en su rivera. Fue un verdadero milagro que no cayésemos en el agua, nos hubiéramos ahogado los tres, porque en ese tiempo era época invernal y los ríos están crecidos.

Pero el mayor milagro ocurrió después. Cuando empezaba a clarear el día y estando los tres dentro del auto en aquella situación tan especial, le dimos gracias a Dios por no haber sufrido ninguna herida, pero ahora teníamos que salir de allí. Estábamos a mucha distancia de la carretera y muy abajo en la parte final de la ladera. ¿Qué íbamos a hacer? De pronto oímos una voz que procedía de alguien que estaba en la carretera. Entonces miramos hacia arriba y vimos que era un anciano con dos niños pequeños, tal vez uno de seis años y el otro de ocho. El anciano preguntó si estábamos bien, yo le respondí que sí, pero él bajó con los niños hasta donde estábamos nosotros. Yo quería salir del auto pero el anciano me dijo que no, sino que me quedase dentro y que lo pusiera en marcha. Me extrañó aquello porque en estos casos lo normal es ver en que condición ha quedado el vehículo, pero él insistió en que no bajara. Me pidió una vez más que lo pusiera en marcha y añadió que no me preocupara porque iba a llegar con bien al lugar a donde íbamos.

Giré la llave de contacto del auto y el motor ante mi extrañeza se puso en marcha. El anciano en esos momentos, junto con los dos niños, comenzaron a empujar el vehículo, considerando los muchos metros que habíamos recorrido en nuestro descenso, la inclinación del terreno y la edad del anciano y el hecho que eran niños los que le ayudaban, era más que absurdo esperar que con aquel esfuerzo pudiese moverse el automóvil algún metro. Pero ocurrió algo que hasta

el día de hoy no puedo explicar. El auto se elevó como si tuviera alas y fue ascendiendo hasta la carretera. Mi esposa decía que estábamos volando y esa era la sensación que yo también tenía. Cuando nos hayamos arriba, en la carretera, salí de mi auto y observé que el vehículo no tenía ningún daño. Busqué al anciano y a los niños para agradecerles y no encontré a nadie, habían desaparecido, pero en cuestión de segundos. Era imposible que un anciano y un niño desaparecieran con esa rapidez. Caminé por la carretera, por la ladera del monte y por doquier para encontrarlos, pero ya no estaban, fue muy extraño, porque un anciano y unos niños levantaron el auto y lo subieron hasta arriba sin saber cómo lo hicieron, realmente fue algo milagroso, nos preguntamos si fueron unos ángeles. Posteriormente continuamos nuestro camino y llegamos con bien a nuestro destino, gracias a Dios.

Danilo López Monterroso, Director del Departamento de Educación de la A.G.

Guatemala (Centroamérica)